V

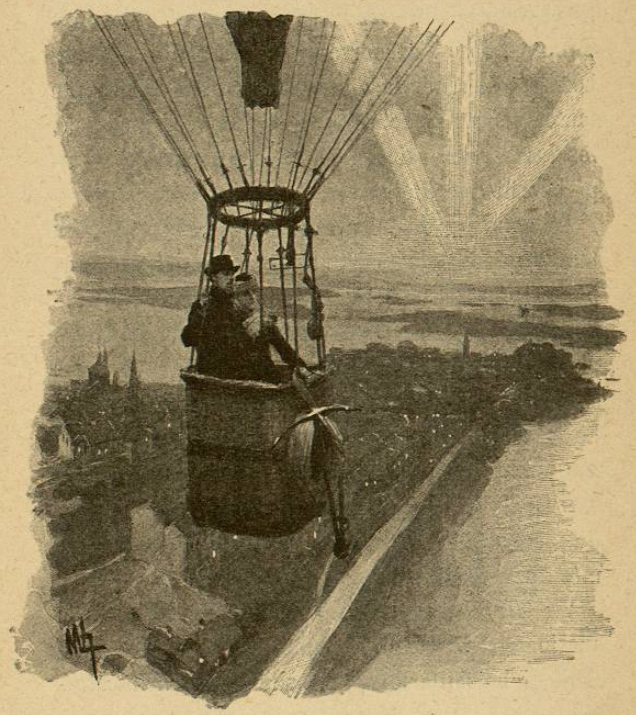
LA AURORA BOREAL.

Las perturbaciones de la aguja imantada habían anunciado la proximidad de la aurora desde antes de la puesta del sol; cuando empezaban á llenar el globo con hidrógeno puro, se dejó ver efectivamente en el cielo, por la parte del Norte magnético, el color verde transparente que es siempre indicio cierto de este fenómeno meteorológico. Los preparativos quedaron terminados en unas cuantas

horas. En la atmósfera no se distinguía ninguna nube; la transparencia del aire era perfecta, y las estrellas centelleaban en la obscuridad profunda del cielo, que sólo atenuaba por la parte septentrional una luz suave que se elevaba en forma de arco por encima de un segmento obscuro, y lanzaba hacia las alturas de la atmósfera ligeros rayos rosados y verdosos, que parecían las palpitaciones de una vida ignorada. El padre de Iclea, que asistía á la operación, no tenía la menor idea del proyecto de su hija; mas en el último momento ésta entró en la barquilla como para visitarla, Spero hizo una señal, y el globo subió lenta y majestuosamente sobre la ciudad de Cristianía, que no tardó en aparecer toda entera, alumbrada por miles de luces, ante la vista de los viajeros, para ir luego empequeñeciéndose, á medida que se alejaba en la profundidad de la noche.

Seguía el aparato dirección oblicua; así fué que pronto perdió de vista las claridades de la ciudad, y se encontró sobre las obscuras campiñas. Al mismo tiempo habían cesado los ruidos de la capital, y el esquife aéreo se vió rodeado por profundo silencio, por el silencio de las alturas. Impresionada la joven por esta calma incomparable y principalmente por lo singular de su situación, se refugiaba en el seno de su temerario amigo Subían rápidamente; la au-

rora parecía al contrario bajar, extendiéndose como un onduloso cortinaje de muaré dorado y de



púrpura, recorrido por estremecimientos eléctricos. Spero observaba sus instrumentos y tomaba las notas correspondientes á las alturas alcanzadas por

medio de una pequeña esfera de cristal donde había metido varios gusanos fosforescentes. El globo seguía su movimiento ascensional. ¡Qué alegría para el hombre de ciencia! Pronto, dentro de unos minutos, iba á cernerse en la cima de la aurora boreal, y á saber la altura de este fenómeno, que tantos físicos, y sobre todo sus amados maestros, los dos grandes psicólogos y filósofos, Œrsted y Ampére, han querido en vano averiguar.

La emoción de Iclea se había calmado. — ¿Has tenido miedo?, le preguntó su amigo. El globo es bueno y no hay nada que temer. Todo está calculado. Dentro de una hora bajaremos, pues en tierra no hay ni siquiera sombra de viento.

— No, contestó ella mientras un resplandor celeste la iluminaba con transparente claridad rosada; pero esto es tan extraño, tan hermoso, tan divino! ¡Es tan grande, para mí tan pequeña! Hubo un momento en que temblé. Me parece que te amo más que nunca... »

Y echándole los brazos al cuello, le dió un beso apasionado, largo, inacabable.

El globo solitario vagaba silencioso en las alturas aéreas, como una esfera de gas transparente encerrada en delgadísima envoltura de seda; desde la barquilla era fácil distinguir sus zonas verticales, que iban á reunirse en el vértice, en el círculo de

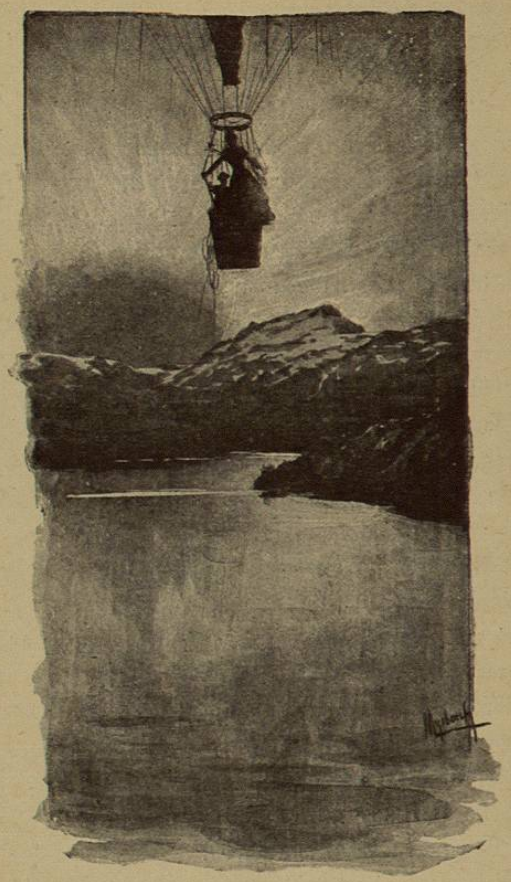
la válvula, mientras que la parte inferior del aparato permanecía ampliamente abierto para que pudiera dilatarse el gas. La obscura claridad de las estrellas, como diría Corneille, hubiera bastado, aun sin la aurora, para permitir ver el conjunto del aéreo esquife. La barquilla suspendida de la red que envolvía la esfera de seda, estaba sujeta por medio de ocho cuerdas muy resistentes, tejidas en el mimbre de la barquilla, y que se cruzaban por debajo del fondo. El silencio era profundo, solemne y se hubieran podido oir los latidos de los corazones de los aeronautas. Los últimos ruidos de la tierra habían cesado, cerníanse á cinco mil metros de altura, con velocidad desconocida, pues el viento superior llevaba consigo al aparato sin que en la barquilla se sintiera la más ligera brisa, porque el globo se encuentra sumergido en el aire que anda, como una simple molécula relativamente inmóvil en la corriente que la arrastra. Nuestros viajeros, únicos habitantes de aquellas sublimes regiones, gozaban de la exquisita felicidad que los aeronautas conocen, una vez que han respirado ese aire vivo y ligero, dominado las regiones inferiores, olvidado en ese silencio de los espacios todas las vulgaridades de la vida terrestre; y esto más todavía porque al bienestar que de ahí resulta, agregaban su dicha interior y personal. Hablaban en voz baja, como si

hubiesen temido que los oyeran los ángeles y que se desvaneciese el encanto mágico que los mantenía suspendidos en las inmediaciones del cielo... Á veces llegaban hasta ellos unos resplandores súbitos, rayos de la aurora boreal, pero no tardaba en venir de nuevo la obscuridad, más profunda, más insondable cada vez.

Así iban vagando en sus celestes ensueños, cuando de pronto oyeron un ruido extraño, algo como un silbido sordo. Pusiéronse á escuchar, inclinados fuera de la barquilla, y se convencieron de que aquel rumor no venía de abajo. ¿Era acaso un murmullo eléctrico de la aurora boreal? ¿Era una tempestad magnética de las alturas? Desde el fondo del espacio llegaban relámpagos que los envolvían, desvaneciéndose luego...; ellos escuchaban ansiosos. El ruido procedía del aparato... ¡el gas se escapaba!

Fuera que la válvula se hubiese abierto por sí misma; fuera que ellos en sus movimientos hubieran tirado de la cuerda, el hecho era que el globo empezaba á vaciarse.

Spero notó en seguida la causa de aquel amenazador ruido; pero fué con espanto, pues no había medio de cerrar la válvula. Examinó el barómetro; éste empezaba á subir lentamente; el globo iba, pues, bajando. Y el descenso, lento pero inevitable al principio, debía ir aumentando en proporción



matemática. El joven sondeó con la vista el espacio

inferior, y observó que los destellos de la aurora boreal se reflejaban en el límpido espejo de un lago inmenso.

El globo bajaba velozmente, y ya no distaba del suelo sino tres mil metros. El desdichado aeronauta, tranquilo en apariencia, pero penetrado en realidad de la inminencia de la catástrofe, empezó á arrojar cuanto había en la barquilla, dos sacos de lastre, las mantas, los instrumentos, el ancla, hasta no dejar nada; pero esto era insuficiente, y lo único que logró fué disminuir por un momento la velocidad adquirida. Bajando, ó mejor dicho, cayendo ahora con inaudita rapidez, el globo no tardó en llegar á unos cuantos centenares de metros sobre el nivel del lago. Un viento intenso empezó á soplar de abajo arriba y á silbar en sus oidos.

El aparato giró sobre sí mismo como si lo hubiese arrebatado una tromba. De pronto Spero sintió un abrazo violento, un prolongado beso en la boca. « Mi Dueño, mi Dios, mi Todo, te amo », exclamó Iclea. Y después, separando dos cuerdas, se precipitó en el vacío.

El globo, aligerado de su lastre, subió como una flecha : Spero se había salvado.

La caída del cuerpo de Iclea en el agua profunda del lago causó un ruido sordo, extraño, espantoso, en medio del silencio de la noche. Loco de dolor y

de desesperación, con el pelo herizado sobre el cráneo, con los ojos desmesuradamente abiertos, elevado por el aparato á más de mil metros de altura, Jorge se colgó de la cuerda de la válvula, con la esperanza de caer en el mismo sitio de la catástrofe; mas la válvula no funcionó.

Hizo otras tentativas; pero todo sin resultado.

De pronto tropezó con el ligero velo perfumado de su adorada, que se había trabado en la barquilla y que exhalaba aún el aroma embriagador de su hermosa compañera; entonces miró bien las cuerdas, hasta que creyó encontrar el rastro de sus pequeñas manos, y cogiéndose de los mismos puntos de donde antes lo hiciera Iclea, se lanzó en el espacio.

Uno de sus pies quedó preso en las cuerdas; pero Jorge tuvo la energía de sacarlo y cayó en el abismo dando vueltas.

Unos pescadores que habían asistido en su barco al fin del drama, se dirigieron á toda vela hacia el punto del lago donde cayó la joven, y lograron descubrirla y recogerla.

No estaba muerta; pero cuantos cuidados la prodigaron fueron inútiles para impedir que la atacara y la aniquilase la calentura.

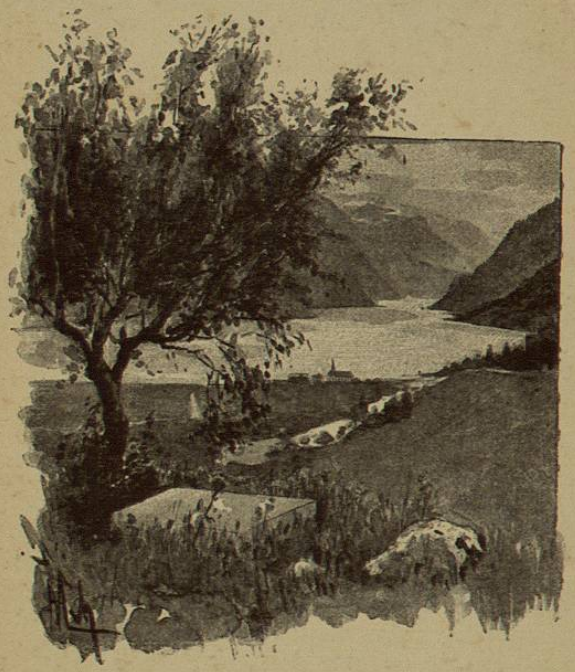
Los pescadores llegaron por la mañana á un pequeño puerto de las orillas del lago y la transpor-

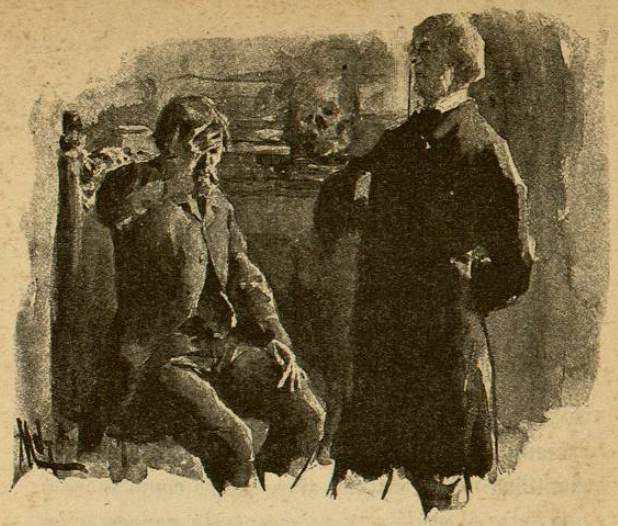
taron á su modesta choza, sin que hubiese podido recobrar el conocimiento. « ¡Jorge!, » exclamaba abriendo los ojos, « ¡Jorge! » y esto era todo. Al día siguiente, oyendo la campana del pueblo tocar á muerto, repitió : « ¡Jorge! ¡Jorge! » El cuerpo de Spero había sido descubierto en estado de masa informe, á cierta distancia de la ribera; su caída había empezado á mil metros de altura sobre el mismo lago; pero como el cuerpo conservaba la velocidad horizontal adquirida por el globo, no cayó verticalmente sino que bajó en dirección oblicua, á manera de piedra que llega del cielo, como si se hubiese deslizado á lo largo de un hilo que siguiera al aparato en su marcha, yendo á hundirse profundamente en el suelo, para rebotar luego, á un metro de distancia del primer punto; sus huesos estaban hechos trizas y el cerebro había salido por una abertura del cráneo.

Aun no habían acabado de cerrar su tumba, cuando fué preciso abrir otra al lado para Iclea, que murió repitiendo con voz apagada : « ¡Jorge! ¡Jorge! »

Una misma losa cubrió sus dos sepulcros, y la sombra del mismo sauce protegió su eterno sueño. Aun hoy, los ribereños del hermoso lago de Tyrifiorden conservan en sus corazones el melancólico recuerdo de la catástrofe, que se ha hecho allí casi

legendaria, y nunca se indica al viajero la piedra sepulcral sin asociar á la memoria de los desventurados amantes el pesar de un dulce sueño desvanecido.





VI

EL PROGRESO ETERNO.

Los días, las semanas, los meses, las estaciones y los años pasan rápidamente en nuestro planeta y probablemente también en los demás. La Tierra ha recorrido su órbita anual alrededor del Sol más de veinte veces desde el día en que el destino cerró de tan trágico modo el libro que mis dos amigos hojeaban hacía apenas un año; su dicha fué fugaz, la mañana de su vida se desvaneció como una aurora. Yo los había, no diré olvidado[1], pero á lo

1. Á veces hay coincidencias singulares. El día en que Spero efectuó la ascensión fatal, lo supe yo, gracias á la agitación extraordinaria de la aguja imantada, que anun-

menos sólo de tiempo en tiempo los recordaba, cuando no hace mucho, en una sesión de hipnotismo celebrada en Nancy, donde me detuve unos días al ir de excursión á los Vosgos, tuve ocasión de interrogar á un *médium* con ayuda del cual habían obtenido los sabios experimentadores de la Academia Stanislas, algunos de esos resultados verdaderamente extraordinarios de que ha hablado la prensa científica en los últimos años. No sé cómo sucedió que entre el *médium* y yo se entabló conversación sobre el planeta Marte.

Después de haberme descrito un país ribereño de un mar que los astrónomos llaman del Arenal, y una isla solitaria que se alza en medio de este océano; después de haberme pintado los paisajes pintorescos y la vegetación rojiza que cubren esas orillas, los acantilados que las olas azotan y las playas arenosas donde expiran, el *médium*, que tiene exquisita sensibilidad, se puso de pronto pálido y se llevó

ciaba en París, donde yo me había quedado, la proximidad de la aurora esperada tan ansiosamente por mi amigo. Sábese, en efecto, que las auroras boreales se manifiestan á lo lejos, causando perturbaciones magnéticas. Pero lo que más me sorprendió, sin que nunca haya podido explicármelo, fué que á la hora misma de la catástrofe, sentí malestar indefinible, y después una especie de presentimiento de que le había sucedido una desgracia. El telegrama que me anunció su muerte me cogió casi preparado.

la mano á la frente; sus ojos se cerraron, y se frunciéron sus cejas.

Parecía como si hubiese querido apoderarse de una idea fugitiva, que se obstinaba en desaparecer. « *¡ Ved!* », le dijo el Dr. B..., poniéndosele delante á manera de orden ineluctable. ¡Quiero que V. *vea!*

— Allí tiene V. unos amigos, me dijo.

— Esto no me sorprende, contesté riendo. Bastante he hecho por ellos.

— Dos amigos, añadió, que hablan de V. en este momento.

— Ea, ea, ¿gentes que me conocen?

— Sí.

— ¿Y cómo?

— Han conocido á V. aquí.

— ¿Aquí?

— Sí, en la Tierra.

— ¿Hace mucho tiempo?

— No lo sé.

— ¿Hace mucho que viven en Marte?

— No sé.

— ¿Son jóvenes?

— Sí, dos enamorados que se adoran.

Entonces surgieron con gran vivacidad en mi pensamiento las encantadoras imágenes de mis tan llorados amigos. Pero apenas había evocado este

recuerdo, cuando el *médium* exclamó con voz más firme que antes :

— Son ellos.

— ¿Cómo lo sabe V ?

— Lo veo. Son las mismas almas. Los mismos colores.

— ¿Cómo los mismos colores ?

— Sí, las almas son luz.

Poco después agregó :

— Sin embargo, hay una diferencia.

Quedóse silencioso, con la frente preocupada; pero no tardó su rostro en recobrar toda su calma y su serenidad, y entonces dijo :

— Él se ha convertido en ella, la mujer. Ella es ahora él, el hombre. Y se aman aún más que en otro tiempo.

No comprendiendo lo que acababa de decir, pareció buscar una explicación, y al efecto realizó penosísimos esfuerzos, á juzgar por la contracción de todos los músculos de su rostro. De este modo acabó por caer en una especie de catalepsia, de que no tardó en sacarlo el Dr. B... Pero el instante de lucidez había terminado y no volvió á presentarse.

Someto á la consideración de mis lectores estos hechos, tales como ocurrieron ante mi vista, y sin hacer comentario alguno. ¿Había el *médium* experimentado, cuando yo le interrogué, la influencia

de mi pensamiento, según la hipótesis admitida actualmente por muchos? ¿Ó será verdad que se había « desprendido » realmente de su forma material, para ver fuera de nuestro planeta? No me permitiré resolver. Quizás se sepa por la continuación de este relato.

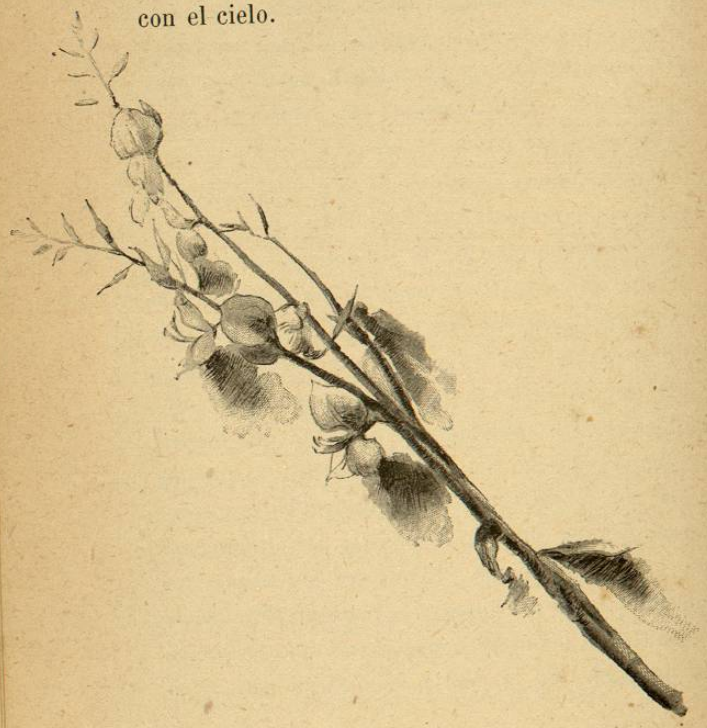
Sin embargo, confesaré sinceramente que la resurrección de mi amigo y de su adorada compañera en ese mundo de Marte, morada próxima á la nuestra y tan parecida á la que nosotros habitamos, pero más antigua y probablemente más adelantada en la vía del progreso, puede parecer al pensador la continuación lógica y natural de sus existencias terrestres, tan rápidamente terminadas.

Es indudable que Spero estaba en lo cierto al declarar que la materia no es lo que indican sus apariencias, que éstas son engañadoras, que lo real es lo invisible, que la fuerza anímica es indestructible, que en lo absoluto, lo infinitamente grande es idéntico á lo infinitamente pequeño, que los espacios celestes no son infranqueables, y que las almas son las semillas de las humanidades planetarias. ¿Quién sabe si la filosofía del dinamismo no revelará un día la religión del porvenir á los apóstoles de la astronomía? ¿Acaso no lleva en su mano URANIA la antorcha sin la cual todo problema es insoluble, sin la cual permanecería para nos-

otros la naturaleza en la más impenetrable obscuridad? El cielo debe explicar la tierra, lo infinito debe explicar el alma y sus facultades inmateriales.

Lo ignorado de hoy es la verdad de mañana.

Tal vez las páginas siguientes van á permitirnos presentir el lazo misterioso que une lo transitorio con lo eterno, lo visible con lo invisible, la tierra con el cielo.



TERCERA PARTE

Cielo y Tierra